

»es nuestro mayor enemigo: «¿por qué pues disgustarnos
»con ellos? (1) Una onza de virtud practicada en medio de
»las contradicciones, de las censuras y de las reprecio-
»nes, vale mas que diez libras de virtud practicada en
»medio de la paz.»

Tenia consigo á su antiguo preceptor, Mr. Deage, que, por un celo inmoderado por su perfeccion y un resto de hábito magistral, le reprendia en todas ocasiones. Si el santo prelado decia alguna palabra graciosa para alegrar la conversacion, el Sr. Deage le manifestaba al punto que todas las palabras de un Obispo deben ser graves y serias; si predicaba, el Sr. Deage encontraba siempre algo que censurar en el sermón; si acogia de un modo cordial á los que le visitaban, el Sr. Deage le citaba el proverbio, que la familiaridad hace despreciables á los que están constituidos en dignidad. Otras veces, su austero censor se disgustaba de que Francisco no se incomodase; se ofendia de que el hombre de Dios perdonase las ofensas; le repetia sin cesar que era demasiado bueno, y que su bondad lo echaria todo á perder; y el humilde Obispo sufría con gusto el ser reprendido continuamente como un niño (2).

En el ardor de su celo por el honor de su antiguo discípulo, se irritaba siempre que le decian que hablaban mal de él, por poco que fuera. «¿Por qué, le decia Francisco, sois tan sensible á mi reputacion? ¿Acaso soy perfecto? ¿Acaso soy santo? Y aunque lo fuera, ¿no han sido por ventura los santos el objeto de la contradiccion de las lenguas? ¿Qué no han dicho de nuestro Señor, que era la perfeccion misma? ¿No reprendió San Pablo á San Pedro, y él mismo no fué llamado insensato por haber sido demasiado letrado?» (3)

Habiéndose irritado un día contra él una persona, fué á

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXVIII.

(2) *Idem*, p. I, sec. XXIX.

(3) *Idem*, p. I, sec. XXVIII.

buscarle y á decirle francamente que tenia en su corazon mucha aversion y desprecio hácia su persona. «Pues yo, contestó sin pedirle la razon de su disgusto, os amo aún mas que ántes.—¿Cómo es eso? dijo esta persona muy admirada.—Porque para hablarme así es preciso que tengais mucho candor y franqueza, y aprecio mucho esta cualidad.—Pero lo que yo os digo, replicó, no es un sentimiento pasado, es un sentimiento que tengo aún en este momento en el corazon contra vos.—El sentimiento, contestó Francisco, de que os hablo lo tengo este momento en mi corazon, y lo tendré siempre, segun lo espero de la gracia de Dios.—La causa de mi cólera, dijo esta persona, es que habeis apoyado con vuestra recomendacion á mi parte contraria en un pleito de gran cuantía.—Es cierto, dijo el santo prelado, y lo he hecho porque he creido que estaba la justicia de su parte.—Por eso es por lo que no os quiero, dijo esta persona, pues deberíais conducirnos como un padre comun y no como parte, y no está bien que favorezcáis á una mas que á la otra.—Los padres comunes, replicó el santo Obispo, examinan, en las querellas de sus hijos, quiénes son los que tienen razon y quiénes no, y la sentencia que han dado es una prueba que la justicia estaba de la parte contraria.—Me hacen una injusticia, replicó.—Os aseguro, dijo Francisco, que si hubiera sido uno de vuestros jueces, yo mismo os hubiera condenado.—Buen modo teneis de curar mi aversion.—Mientras os domine la pasion, contestó, no vereis claro en vuestro negocio y os quejareis, pero cuando el tiempo haya tranquilizado vuestro espíritu, bendecireis á Dios y á vuestros jueces por haberos quitado un bien que no podeis poseer en conciencia, y entonces vuestra aversion hácia ellos y hácia mí cesará.—*Amen*, contestó el otro, pero yo quisiera saber si lo que me habeis dicho de que me amais mas que antes, lo decís de todo corazon.—Sí, le dijo el santo prelado, porque me gusta que se diga francamente lo que se siente en el corazon, porque los que manifiestan su llaga hacen su cura mas fácil. En cuanto á vos,

»por mucha aversion que tengais actualmente contra mí,
 »queda en el fondo de vuestro corazon un abogado que de-
 »fenderá secretamente mi causa y hará que la gane con
 »vuestro afecto, así que se haya apagado el fuego de la
 »pasion.—¡Qué engañado he estado! replicó, hubo un
 »tiempo en que os tenia por santo.—Os engañásteis, con-
 »testó el humilde Obispo, estoy muy lejos de serlo. Algu-
 »nos de mis amigos tienen un velo delante de los ojos y
 »me creen como quisieran que fuera; pero os prefiero á
 »vos, que teneis de mi persona un sentimiento mas justo,
 »primero porque sois de mi parecer, y luego porque la
 »idea que teneis de mí me es mas útil. Los que me aplau-
 »den me esponen al peligro de perderme por la presun-
 »cion; pero los que me desprecian hacen lo que deben, me
 »ponen en el caso de practicar la humildad y me inspiran
 »bajos sentimientos de mí mismo, colocándome así en el
 »camino de la salvacion.» (1)

Otras muchas veces el santo Obispo fue objeto de in-
 justas censuras, como hemos visto en el curso de esta his-
 toria, y nunca opuso á ellas mas que dulzura y silencio.
 «Dejad que pase la cólera, decia con el apostol; las balas
 »de cañon pierden su fuerza en la lana, y hacen mal en
 »los cuerpos duros que las resisten (2). ¿Y qué es, en re-
 »súmen, lo que los hombres pueden decir contra nosotros,
 »despues de lo que han dicho contra el Salvador, que mu-
 »rió en la cruz entre dos ladrones y saturado de opro-
 »bios? En presencia de un ejemplo tan grande, ¿quién no
 »tendrá vergüenza de quejarse y mas todavía de tener re-
 »sentimientos? (3) Sin duda, añadía (4), no se debe com-
 »prometer la reputacion, porque siendo como una muestra
 »que hace conocer dónde mora la virtud, su ausencia per-
 »judicaría al bien que podríamos hacer, pero no conviene

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VII, s. XIX.

(2) *Idem*, p. XII, s. VII.

(3) *Id.*, *id.* *id.*

(4) *Introduccion á la vida devota*, p. III, cap. VII.

»inquietarse por los ataques que la lengua de los maldi-
 »cientes pudieran hacerle, porque tienen por raiz la bon-
 »dad, que en tanto que está en nosotros, puede siempre
 »reproducir el honor que le es debido.» «Pero en fin, le
 »preguntaban un dia, ¿cómo debemos conducirnos con los
 »censores injustos ó calumniadores?—Primeramente, dijo,
 »se puede contestar segun la verdad, con tal que se ha-
 »ga de una manera dulce, pacífica, sin palabras agrias, sin
 »turbacion ni emocion. Jesucristo, acusado de estar po-
 »seido del demonio, contestó sencillamente: No lo estoy,
 »*Dæmonium non habeo*; si despues de esto continúan acu-
 »sándoos, conviene callar. El silencio es el agua que apa-
 »ga la calumnia; mas la réplica es el aceite de la lámpara
 »en que aquella se fomenta (1); ó cómo dice Tácito: el que
 »la desprecia la hace caer; el que se irrita le da consis-
 »tencia: *Spreta, exolescunt, si irascaris, agnita videntur* (2).
 »Es preciso que se endurezca la piel del corazon contra
 »estas cruces que no son mas que palabras, ó un sonido
 »del cual se puede decir que se lo lleva el viento (3). El
 »que es demasiado sensible á la opinion de los hombres,
 »no tendrá nunca la paz del corazon.»

Las faltas de atencion no turbaban mas su humildad
 que los discursos críticos. «Ojalá, decia, que fuera tan in-
 »diferente á todas las demás cosas como á los desprecios
 »que me hacen.» (4)

El secretario de un príncipe le escribió un dia de un
 modo poco conveniente y respetuoso, á cuya falta de aten-
 cion el humilde prelado opuso una respuesta llena de hu-
 mildad y de cortesía; y habiéndole manifestado alguno de
 su familia que valdria mas hablar de otro modo á aquel
 desatento: «No, contestó con gracia, tiene un buen talen-
 »to y esto le enseñará á escribir mejor en adelante.» (5).

(1) *Introduccion á la vida devota*, p. XVI, s. XXIV.

(2) *Anales*, IV, 34.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, s. XXX.

(4) *El P. la Riviere*, p. 468.

(5) *Id.*, p. 426.

Tanta era la humildad del santo Obispo, que deseaba aparecer á las miradas del mundo, no solo humilde sino tan vil y abyecto como él se creia á sí mismo. «Me he figurado, referia un dia á uno de sus amigos (1), que moria en un cadalso ó era quemado vivo en virtud de una sentencia de muerte dada injustamente contra mí, y me he alegrado de perder el honor con la vida por respeto al beneplácito divino, si le agradaba permitirlo así.» Era tambien una de sus máximas, que si el mundo no encontraba nada que decir de nosotros, no seríamos buenos siervos de Jesucristo. «Bienaventurados son los humildes, decia, porque llegarán seguramente al puerto; esta es la bienaventuranza que mas me agrada: y en el último dia de la justicia, si se encontrase alguna en mí, que sea oculta á todo el mundo y conocida de Dios solo.» (2)

De ahí viene que nunca se le oyó decir una sola palabra que redundara en ventaja suya; nunca se le vió preferirse á nadie, sino que, por el contrario, tenia una habilidad maravillosa para ocultar el bien que estaba en él, y lo que le podia hacerse estimar, para que Dios solo estuviera en el secreto de sus méritos; y por eso no se hubiera permitido nunca la menor accion ó la menor palabra con la intencion de parecer virtuoso. «Lo hacia todo, dice la santa Madre Chantal, por cumplir con su deber y sin otra mira que la voluntad de Dios.» (3) En la práctica de las virtudes, prefería á las mas brillantes, que estan segun su bello lenguaje colocadas en lo mas alto de la cruz para que se vean y se admiren, las que nacen al pie de ella, y pasan desapercibidas á los ojos de los hombres, como la humildad, la dulzura, la cordial tolerancia con el prójimo, la condescendencia con los gustos de los demás, la sencillez, la modestia. Estas, decia, son las mas

(1) El P. la Riviere, p. 446.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.

(3) Dep. de la santa Madre Chantal.

fragantes y las mas impregnadas con la sangre del Salvador, y ellas mortifican y santifican el corazon mas eficazmente que los cilicios, que las disciplinas y las otras mortificaciones que hacen se pase por un santo (1). «Sed siempre muy pequeña, escribia á la santa madre Chantal (2), y abatíos todos los dias á vuestros propios ojos. ¡Oh Dios, qué grandeza tan elevada es esta pequeñez!»

Conforme con este principio, consideraba que no se debia nunca hablar ni bien ni mal de sí mismo, sino procurar hacerse olvidar por medio del silencio (3), y cuando una persona le decia de sí misma mucho mal, tenia por práctica cogerle la palabra y encarecerle aún mas, con el fin de corregir este amor propio disfrazado, que no habla mal de sí sino para que los otros piensen bien. Habiéndole hablado una religiosa elevada al cargo de superiora, de su incapacidad para este empleo: «Teneis razon, le dijo; las que os han nombrado no ignoraban vuestra incapacidad, lo limitado de vuestro entendimiento, la debilidad de vuestro juicio, y todos vuestros defectos tan patentes; pero Dios ha permitido vuestra elevacion, para obligaros de este modo á que os corrijais, y es preciso trabajar en ello con celo, pero al mismo tiempo con confianza en el poder de la gracia.» Lo mismo sucedió á Mr. de Belley, pues habiéndole dicho este prelado cuán lejos se encontraba de la santidad que pide el episcopado: «Lo que decís es cierto, contestó, y lo creo mas que vos; os considero como un hombre salvado del naufragio ó que sale de un incendio cuyo humo os ha oscurecido el rostro; pero despues de todo es preciso animaros á la perfeccion, poniendo vuestra confianza en Dios, que se complace en elevar su poder sobre nuestra enfermedad y su fortaleza sobre nuestra debilidad.»

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XXI; p. VII, s. XXV.

(2) Carta DCXLIV.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XIII; p. II, s. XXX; p. XIV, s. XXXV; p. X, s. XIX; p. XIV, s. XXIX.

Francisco, sin embargo, respondia de un modo muy distinto cuando le hacian alguna de esas confesiones que cuestan mucho al amor propio, y no pueden proceder sino de una franca humildad. Entonces estaba lleno de gozo, y felicitaba con una grande efusion de ternura al que tenia el valor de hablar así. El mismo Mr. de Belley lo experimentó de una manera notable. Habiendo tenido Francisco ocasion de hablar de su poca memoria: «¡Ah! »le dijo, no teneis por qué quejaros; la memoria y el entendimiento se encuentran reunidos rara vez en un mismo hombre en grado eminente; vos teneis el entendimiento, que es la mejor parte, y yo tengo la memoria: »pero os cederia con todo mi corazon una parte de ella por »tener un poco de vuestro entendimiento, porque este último me hace falta muchas veces.» A estas palabras, Francisco fuera de sí de gozo se arrojó á su cuello, y abrazándole le dijo con una amable sonrisa: «¡Oh! cuánto placer me causais; no he conocido mas que á un hombre »que me haya dicho como vos que no tenia entendimiento; »este es un caudal del cual los que mas carecen de él, son »los que se creen mejor provistos. Se encuentran muchas »personas que se quejan de su mala memoria, ó de sus »pasiones; pero nadie quiere reconocer que tiene poco »entendimiento, y todos rechazan esta acusacion como »una infamia. No os inquieteis, añadió, el entendimiento »se desarrollará en vos con la edad, pues es uno de los »frutos de la esperiencia y de la ancianidad. No sucede »así con la memoria; cuanto mas se adelanta en edad me- »nos se tiene, y por eso no espero que la mia mejore; »pero con tal que tenga la suficiente para acordarme »de Dios, con eso me basta: *Memor fui Dei, et delectatus* »*sum.*»

Por lo demás, la humildad de Francisco no tenia nada de triste ni de sombría, sino que estaba llena de amabilidad y de gracia. «El abatimiento y el desprecio de sí mismo, decia, debe de ser practicado de un modo dulce, »pacífico, constante, y no solo suave sino aun con gozo y

»alegría de corazon.» (1) Aún mas apartado estaba del desaliento que inspira á algunas almas la vista de sus miserias, «pues, decia, que los que se despechan por verse imperfectos se parecen á los que se arañan el rostro por el disgusto que sienten de no ser hermosos, aumentando así su deformidad en vez de remediarla.» (2) «Quisiéramos »estar sin imperfeccion alguna, escribia (3), pero es preciso tener paciencia, por ser nuestra naturaleza humana »y no angelical. Nuestras imperfecciones no deben agrarnos, y debemos decir con el apostol: «Desgraciado »de mí, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?» »Pero no deben ni admirarnos, ni desalentarnos, ni afligirnos, ni mucho menos inspirarnos desconfianza del »amor de Dios hácia nosotros, Dios no ama ni nuestras »imperfecciones ni nuestros pecados veniales, pero nos »ama mucho á pesar de ellos; así como la enfermedad del »hijo desagrada á su madre, sin que por eso deje de amarle, pues su amor es tierno y compasivo. Decimos algunas »veces (4), ¿por qué no seré tan fervoroso como los serafines? ¡Ay! nos preocupa tanto el ser buenos ángeles, que »nos olvidamos de ser buenos hombres y buenas mujeres. »Nuestra imperfeccion debe acompañarnos al sepulcro, »porque no podemos andar sin tocar la tierra. ¡Amadas »imperfecciones, que nos hacen reconocer nuestra miseria, »nos ejercitan en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en la diligencia, y no obstante las cuales, Dios considera la preparacion de nuestro »corazon, que es agradarle!..... Caminemos paso á paso, »mantengámonos á los piés de nuestro Señor, y practiquemos algunas pequeñas virtudes que estan al alcance de »nuestra pequeñez.

»Quiero hablar de las virtudes que mas se practican »descendiendo que ascendiendo, como son la paciencia, la

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXXIV.

(2) Carta CDXLIX.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. IX; p. XVIII, s. XXII.

(4) Id., p. XVI, s. VII.

»tolerancia con el prójimo, la humildad, la dulzura, la
 »afabilidad y la tolerancia con nuestras imperfecciones.»
 »No os turbeis, dice en otro lugar (1), por vuestras im-
 »perfecciones, y trabajad siempre con valor en levantaros
 »cuando caigais en ellas; empezad todos los dias, sin creer
 »haber hecho nunca bastante: no hay mejor medio que
 »este para completar bien la vida espiritual. ¿Cómo re-
 »prenderemos á los otros con un espíritu de dulzura, si
 »nos reprendemos á nosotros mismos con despecho, dis-
 »gusto y amargura? ¿Cómo nos corregiremos, si no te-
 »nemos el espíritu tranquilo y en reposo? La humildad, en
 »fin, pide que nos creamos aún muy lejos de la perfeccion,
 »y que en vista de esto, volvamos á empezar cada dia.»

Si la humildad de Francisco estaba muy lejos del des-
 aliento, lo estaba mas aún de los sentimientos del filósofo
 que hollaba á los piés el orgullo de Platon con un orgullo
 aún mayor. Un dia que citaban en su presencia como
 axioma estas cuatro palabras: *Spernere mundum, spernere*
mullum, spernere sese, spernere sperni; «tengo, replicó,
 »algo que decir sobre todos estos desprecios. 1.º *Spernere*
mundum; esto es cierto si se habla de los falsos bienes ó
 »de los juicios del mundo, pero es falso si se entiende de
 »las personas. 2.º *Spernere mullum* dice demasiado poco,
 »porque se debe estimar y respetar á todos como á imá-
 »genes de Dios, y que valen mas que nosotros. 3.º *Sper-*
nerere sese; esto es cierto si se entiende de lo que en nos-
 »otros es de nosotros, pero es falso si se entiende de lo que
 en nosotros es de Dios, porque eso se debe estimar y respe-
 »tar. 4.º *Spernere sperni* es malo, y se deja ver en ello el
 »orgullo, pues se debe estimar el desprecio como cosa que
 »nos es debida; estar contentos de que piensen de nosotros
 »como nosotros; de que nos ayuden á tenernos en nada; y
 »no ver en los oprobios sino dones de Dios, dignos de todo
 »nuestro amor y reconocimiento.» (2)

(1) Carta CLXXVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIII.

CAPITULO XV.

Su espíritu de pobreza.

«No he conocido nunca, dice la santa Madre Chantal,
 »un alma mas desinteresada y mas completamente vacía
 »de toda afición á las cosas de la tierra que nuestro bien-
 »aventurado Padre.» Habiéndole rogado un dia dos per-
 sonas, que se interesara en su favor con el Duque de Sa-
 boyá para obtener alguna gracia, y habiéndole ofrecido
 una buena recompensa si lo conseguía: «No me conoceis,
 »les contestó con dulzura, no soy interesado, y no hago
 »nada por el dinero, pero estad ciertos de que trabajaré
 »con mas gusto por vuestro negocio que si fuera mio.»
 Habiéndole deseado otra persona, en una carta, mucha
 prosperidad y grandeza temporal: «¡Buen Dios! le contes-
 »tó, ¿qué es lo que me deseais? Por la gracia divina, no
 »espero ni deseo otra grandeza ni otra prosperidad en este
 »miserable mundo, que las que el Hijo de Dios ha tenido
 »en el pesebre de Belén..... El que tiene su corazón en el
 »cielo, no se inquieta por las cosas de la tierra.» Dicién-
 dole un dia que el mundo se burlaba de los que no aspi-
 raban á hacerse una posicion cómoda y brillante: «Pues
 »yo, contestó, me burlo de estas bagatelas, y uno de mis
 »mayores consuelos es imaginarme que no tengo nada,
 »y pensar que cuando muera tampoco tendré nada.....
 »Mi mayor deseo es carecer de alguna cosa necesaria
 »para imitar á Jesucristo, el rey de los pobres, y nunca
 »me encuentro mejor que cuando no estoy bien.....» «Es
 »preciso vivir en este mundo, decia á uno de sus sacerdo-
 »tes, como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo
 »en la sepultura (1). La sabiduría del mundo dice: Bien-
 »aventuradas las casas ricas, pero nuestro Señor ha dicho;

(1) Dep. del abate Legay.